

# En el filo de la realidad

Juan Ángel Heredero García



***Doce Calles***  
EDICIONES

*Juan Ángel Heredero García*

EN EL FILO DE LA  
REALIDAD

EDICIONES DOCE CALLES

## ÍNDICE

Desde otro mundo .....	9
El extraño caso de Tobías Gelmírez .....	61
El largo y frío invierno del 23 en la muy famosa calle de Calatrava .....	95
La luna entre los cipreses .....	123
Las tinieblas .....	139
Pánico por una botella de vino .....	185
Señales .....	189
Sombras tras la niebla .....	243
Un lugar anodino .....	287

## DESDE OTRO MUNDO

Mariana había pedido asiento al lado de la ventanilla y se había prometido el esfuerzo de mantenerse despierta hasta que aparecieran ante su vista los primeros hielos. Pero no fue necesario, la oscuridad llegó primero y ella, abandonándose, se quedó profundamente dormida. Quizás fueron los nervios de un viaje tan particular como aquel, porque no era propensa a dormirse en los aviones. Lo particular del viaje consistía en que era la primera vez que viajaba a una zona con un clima, que se podía catalogar de extremo, y que por primera vez lo hacía sola. Por una serie de factores fortuitos, sus compañeros que iban a acompañarla en un primer momento, fueron cayéndose de la expedición. Hasta tanto fue así que en algún momento albergó la duda de que se tratara de una broma, y eso que la persona que era el jefe de todos ellos, era la menos adecuada para concitar su voluntad para tan jocoso motivo. Cuando quedó claro que no había nada de eso, sacó su lado comprensivo —poco habitual por otra parte— y comentó a Mariana que dadas las circunstancias podía ser entendible que la expedición se suspendiera liberándola a ella del compromiso. Fue entonces cuando sacó su orgullo, que siempre estaba presto para estas ocasiones y le respondió muy segura que «salvo que usted considere alguna razón que yo desconozco, puede estar seguro que yo llevaré a cabo la labor encomendada, con el mejor desempeño y eficiencia». Y así fue como se subió a ese avión con todo su abultado equipaje —en realidad el primero de una serie de ellos— que le llevaría a atravesar toda Europa teniendo como destino una minúscula ciudad en las regiones boreales del globo.

Kiruna, ciudad situada en territorio sueco y dentro del círculo polar ártico, quiso la casualidad que fuera en lo más crudo del invierno y de la oscuridad de la noche polar. La información que

había conseguido en Internet no era gran cosa; ciudad de unos cinco mil habitantes y con una explotación de mineral de hierro. Bueno y también con una iglesia de color rojo muy llamativa. Seguro que la vida social que hacían allí no era para tirar cohetes, pensó. Y ella no era la persona más apropiada para animarla, tan embebida como estaba habitualmente en su trabajo.

Tuvieron que despertarla, y eso que el aterrizaje no fue nada suave. Intentó salir a toda prisa disculpándose, pero una de las azafatas la paró en seco y le dijo que se abrigara. En efecto, la bofetada de frío que recibió cuando accedió a la escalerilla del avión fue formidable, y la hizo proferir una sonora palabrota. No había «finger» para depositar cómodamente a los pasajeros en el edificio de la terminal, ni siquiera transporte pues la distancia era apenas de unos doscientos metros. Tampoco pudo apresurar el paso para escapar del frío que le mordía en la cara, tuvo que hacerlo con pies de plomo para no resbalar en la costra de hielo que lo cubría todo. El calzado y la ropa especial de invierno estaban en su equipaje, que más vale que no lo hubieran extraviado o enviado por error a la otra punta del mundo, como le sucedió en un viaje a Argentina. Expuesto a esas temperaturas, un ser humano está desvalido y en peligro de muerte.

Tuvo que esperar hasta media hora para que llegara el taxi que la llevara a la ciudad y la impaciencia de la espera le provocó un hambre atroz. Había dos hoteles en la ciudad y Mariana dijo al taxista el nombre tal y como sonaba en inglés pero este le corrigió en sueco; también le dijo que uno estaba cerrado así que su destino estaba claro. También había dos bares, de los cuales uno también se podía llamar restaurante, y afortunadamente no muy lejos del hotel por lo que podría ir caminando, eso sí ya adecuadamente pertrechada. La habitación del hotel, escueta, sobria y funcional pero agradablemente caldeada. En cuanto al baño, le llamó la atención la ducha; el grifo con su alcachofa y el sumidero en el suelo, ni mampara ni una triste cortina que la separara del resto de la pieza.

El Officer's Club, que así se llamaba el bar con ínfulas de restaurante, estaba en una calle poco transitada. Lo que se llamaría

en otras latitudes un sórdido callejón oscuro, por eso el letrero de neón se destacaba claramente sobre el negro fondo de la noche, parpadeando profusamente.

Cuando abrió la puerta una ráfaga de aire gélido incomodó a los parroquianos concentrando su mirada en su persona. Pensó si era lo más «adecuado» que una mujer como ella, a todas luces extranjera además, se presentara en un bar donde solo había hombres. Pero qué diablos, tenía que cenar si quería evitar que el hambre le hiciera un agujero en el estómago; era curioso que los viajes le provocaran un apetito tan voraz. Avanzó hacia la barra, mientras que el hombre que había estado segundos antes detrás de ella, salió con malas pulgas hacia la puerta por la que ella acababa de entrar y que había quedado ligeramente entreabierta, cerrándola de una fuerte patada. En el camino de vuelta soltó varias imprecaciones, entre las que Mariana con su buen experimentado inglés con acentos de todos los países del mundo, pudo entender que cómo era posible que tardasen tanto tiempo en enviar la *«fucking turning door»* que había comprado hace tiempo. Solo cuando se dispuso a atender a Mariana logró relajar los rasgos de su rostro.

— *¿Something for dinner?* —preguntó escuetamente ella.

—*For sure.* —Le respondió el iracundo camarero indicándole la zona de las mesas.

Aquel tugurio tenía un menú mucho más variado de lo que hubiera podido suponerse y Mariana se alegró por ello, tenía un par de semanas, por lo menos, de estancia en aquella remota ciudad. Pidió pescado, las carnes típicas de zonas muy frías procedían de la caza y tendían a estar muy condimentadas. Con el hambre que tenía, hubiera comido más de la cuenta y luego tendría una digestión muy pesada que le dificultaría dormir, y de esto último además de comer, también estaba falta pues el madrugón de la mañana había sido importante.

—*May I have a beer before dinner?*

—*Yeahh, the best beer for the lady who came from far away.*

El local estaba enteramente construido de madera y la temperatura era sumamente agradable por lo que Mariana pudo despojarse del grueso anorak polar además del gorro de lana, los clientes del Officer's club contemplaban con curiosidad aquella mujer con rasgos exóticos si se comparaban con los suyos. Era de cuerpo menudo y grácil y una media melena, ni lisa ni rizada, alcanzaba a tocar sus hombros.

Solo uno de los presentes no estaba al tanto de las evoluciones de la extranjera. Estaba situado al fondo de la barra, aparentemente ensimismado y al margen de todos, jugando con su jarra de cerveza a la que daba vueltas continuamente sobre la barra, asiéndola por el asa. Era un hombre grande e imponente y eso era mucho decir teniendo en cuenta la media de estatura de los otros presentes. Estos presentaban la clásica fisonomía nórdica, pelo muy rubio —casi albinos— y lacio, con la piel curtida por los cortantes fríos de aquellas latitudes y unos ojos no muy grandes pero de un azul intenso, que contrastaban con el color del pelo. La media de edad no era excesiva y podía estar entre los cuarenta y cinco y la cincuentena. Mariana pensó qué harían y a qué se dedicarían esos hombretones en aquel lugar tan inhóspito y apartado, pero dedujo inmediatamente que a ellos les resultaría mucho más chocante la presencia de ella, alguien que estaba bastante alejada de la clásica mujer sueca.

Se sintió reconfortada por la suculenta cena y también por la cerveza, de la que no tardó en pedir una segunda. Saboreó el último trago, tenía un matiz en su sabor que no sabía determinar pero que era agradable y además no era muy carbónica, por lo que no empachaba su estómago.

La presencia de una dama siempre atempera algo el comportamiento, y el vocabulario, de un grupo de hombres. Pero también se podía decir más o menos lo mismo en sentido contrario. Los clientes del bar habían bajado el tono de sus conversaciones, solo por la duda de si la desconocida podía entender sueco, además de inglés como así había acreditado.

—Y, ¿por qué no se lo preguntas?

—Porque tú también se lo podías preguntar, además tienes muchas más ganas que yo.

—Llevamos aquí casi una hora, sino nos hubieran preguntado al principio hubiéramos dado más posibilidades a que una morsa entrara por la puerta a tomar una cerveza, que esta monada tan exótica. Y ahora estamos perdiendo el tiempo en quién se decide antes.

—Díselo tú que yo estoy casado.

—Bueno el otro, ¿desde cuándo te andas con esos remilgos?, que ya nos conocemos.

Para sorpresa de todos, el hombretón del fondo de la barra que permanecía al margen de todo menos de la conversación, abandonó su posición dirigiéndose a la mesa que ocupaba Mariana.

—Vaya, ya se nos adelantó Olaf.

Mariana le vio venir, su gran peso hacía crujir la madera del suelo. Sus movimientos eran algo vacilantes y solo cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudo advertir en la mirada perdida de sus ojos, el rastro del alcohol. Pero no parecía que por ello fuera a perder equilibrio, a Mariana le dio más bien la sensación que era su estado más natural y estaba más que acostumbrado a él. Lo que le produjo temor era su posible comportamiento. Así que clavó los ojos en el plato, decidida a no levantarlos hasta que aquel tipo pasara de largo. Pero eso no iba a suceder.

—Buenas noches señorita, ¿puedo invitarla a una cerveza? — había hablado en un correcto inglés.

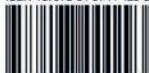
—Ya la tengo gracias —le respondió ella cogiendo la botella a medio beber que había en su mesa.

Le había sonreído levemente, una sonrisa que ella había procurado que no fuera más allá de la estricta cortesía y educación, pero era consciente de que esas sutilezas eran raramente advertidas por la gente en su estado.

Olaf fue interpelado por el camarero, que desde el otro lado de la barra le advertía — y parecía que no era la primera vez — que dejase en paz a los clientes que estuvieran comiendo. Pero lejos de hacerle caso volvió a la carga, y esta vez se había quitado el grueso gorro de lana dejando al descubierto una abundante y desordenada mata de pelo rojizo, de idéntico color al de su cerrada barba.

Nuestra vida se desenvuelve habitualmente en una realidad que las rutinas diarias la convierte en anodina. Nada parece escapar de esa previsibilidad pasmosa en la que lo que sucedió en el pasado, es un antícpo seguro de lo que nos acontecerá en el más inmediato futuro. Pero a veces, y no pocas, una turbulencia extraña de procedencia desconocida altera esa impasibilidad. Es entonces cuando descubrimos una puerta que nunca antes habíamos advertido o que siempre había permanecido cerrada. Es entonces cuando percibimos una fría corriente de aire que nos eriza la el vello sobre la piel. Es el primer aviso de que lo oculto, lo misterioso, el miedo en definitiva que amenaza con alterar nuestra existencia, se encuentra solo a dos palmos de nuestras narices, al otro lado de la esquina. Es el miedo con mayúsculas, el que convierte nuestro entorno hasta entonces cálido, protector y acogedor en algo irreal, hostil, tenebroso, una guarida del terror que te quitará la respiración, que te helará la sangre.

ISBN-13: 978-84-0744-429-3



9 788497 444293